

Veiga, Francisco; Martín, Pablo; Sánchez Monroe, Juan, *Entre dos Octubres: Revoluciones y contrarrevoluciones en Rusia (1905-1917) y guerra civil en Eurasia*. Barcelona, Alianza, 2017, 636 pp.

Por Albert Soler Ruda
(Universidad Autónoma de Barcelona)

Mucha bibliografía se ha escrito ya sobre las revoluciones de febrero y octubre en Rusia en 1917, junto con su múltiple abanico de aspectos anexos. Recientemente, bajo la estela de la celebración de su centenario, muchas son las monografías clásicas reeditadas, la vuelta de obras pilares y la aparición de nuevos trabajos que, aunque resulte difícil lograr el aporte de alguna novedad, consiguen dar luz sobre algunos de los aspectos más apagados de la materia o reescribir algunos de los discursos, tornados en arcaicos con el paso de las décadas. En esta esfera, el trabajo conjunto interdisciplinar del catedrático en Historia actual e investigador Francisco Veiga, el ingeniero militar Pablo Martín y el diplomático y experto en relaciones internacionales, Juan Sánchez Monroe, nos trae ciertas nuevas perspectivas sobre los acontecimientos acaecidos en el amplio mapa de la Rusia de principios de siglo, con el fin de contextualizar este proceso de cambio social y político dentro de un marco ligado al ámbito de la historia de la Rusia actual.

Y reiteramos la Rusia de principios de siglo, ya que este trabajo, íntegramente de carácter historiográfico, se propone huir de las corrientes reduccionistas y de la historiografía intrínsecamente política. Esta es la principal apuesta de sus autores, ya que sin aportar nuevas fuentes al estudio de la revolución, nos ofrece una visión histórica más amplia que huye de las figuras monolíticas protagonistas, extendiendo sus fronteras más allá de una Rusia imperial agitada por la guerra y la Revolución, abrazando el vasto concepto geográfico de Eurasia como tablero de juego y sacando al estudio de la revolución de su aislamiento tradicional para trasladarla a un contexto internacional mucho más amplio, complejo y cercano en el tiempo.

Estructurado en cinco apartados, la obra plantea una lectura lineal, donde en cada apartado ahonda en diversos aspectos para exponer el

trasfondo social, político, económico y geoestratégico que dan lugar a los sucesos que desencadenan y definen la revolución rusa.

Es en su primer y segundo apartado donde radica una de las primeras novedades destacables de la obra, en cuanto no se limita a presentarnos unos precedentes o unos desencadenantes del proceso revolucionario, sino que nos presenta este proceso dentro de la marea de cambios políticos en la periferia de Europa Occidental, en lo que los autores conocen como “revoluciones de la *Belle Époque*”, procesos de renovación social y política que abarcan desde México a Turquía, China o Japón, y que para la Rusia zarista y sus pretensiones imperiales euroasiáticas, surgiría del agotamiento de su sistema autocrático arcaico, agravado por la derrota contra el naciente imperio nipón y unas reformas sociales ineficaces dentro de su proceso de modernización.

A continuación, pasa a centrarse en los acontecimientos de la revolución de 1905 y la reforma constitucional burguesa se nos presenta, no solo como la antesala de la revolución, sino como el principio de esta, donde se pone de manifiesto la inviabilidad del sistema autocrático ruso a la vez que se definen sus protagonistas y se configura el embrión de la contrarrevolución mediante la agrupación de grupos anti-constitucionalistas definidos como germen del profascismo ruso.

La tercera parte, cubre los años entre las reformas constitucionalistas y el auge de la Gran Guerra, previo a la revolución, destacando el papel que aporta la historia militar y la política geoestratégica, el nacionalismo y el impacto social de la guerra; en especial, enfatizando el protagonismo de la Gran Guerra dentro de los sectores reformistas y constitucionalistas. Mientras el nacionalismo se desinfla entre las masas de obreros y soldados desmoralizados a favor de la izquierda, entre los reformistas el conflicto y el objetivo de una Rusia imperial sigue vigente, no siendo el detonante de la que sería la Revolución de Febrero.

Una revolución que, como se explica en el cuarto apartado, se construye bajo el nacionalismo republicano que persigue la estela del imperialismo zarista, postergando una guerra devasta-

dora que aviva el descontento entre una masa obrera y de tropa regular que el nuevo gobierno provisional no supo movilizar. Factores que junto a otra serie de contingencias y factores, acumulativos, según nos explican sus autores, llegan al culmen del agotamiento de un régimen político disfuncional y moribundo, dejando como alternativa el desencadenante de la Revolución de Octubre.

Por último, la quinta parte se centra en el viraje de la revolución hacia la Guerra Civil con la configuración de distintos grupos calificados como “contrarrevolucionarios”, desde sectores militares monárquicos, nacionalistas y republicanos, hasta los antiguos sectores eseritas y mencheviques; junto con la construcción de un proyecto de revolución Internacionalista, cuyo fracaso ante el auge de los nacionalismo en Europa y la infranqueable problemática de unión, entre marxismo e Islam que no supieron superar, llevaría el reajuste del proceso revolucionario internacionalista a una fase de consolidación nacional del estado soviético, reafirmación del liderazgo y aceleración del cambio social.

A lo largo del discurso de esta obra, cobra protagonismo, tal como indica el título, el concepto de Eurasia, como pilar importante sobre el que se desarrollan los procesos y contextos sobre que desencadenaran en la revolución y la contrarrevolución. Con Eurasia como tablero de ajedrez se presenta esta continuidad entre el proyecto imperial zarista, la guerra civil y el proyecto de revolución internacionalista como contrapartida. Este viraje de la política rusa hacia Asia, que sobrevive durante el periodo soviético, acaba siendo presentado en la Rusia postsoviética como enlace historicista que une las diferentes fases de la historia rusa del siglo XX.

Precisamente ese escenario euroasiático que habían determinado parte de la política zarista y que tendría consecuencias en el agotamiento del régimen zarista y el advenimiento de la revolución como alternativa, revoca a la importancia que los autores dan al factor militar dentro de la revolución, aspecto quizá no tan ahondado dentro de los trabajos sobre la revolución y contrarrevolución. El papel de determinadas unidades y el elemento nacionalista, jun-

to con sus mandos y la importancia de la infraestructura militar en el desarrollo de la revolución y el conflicto civil, como el papel del Transiberiano y el sus trenes blindados, acaban por definir muchos de los sucesos que acontecen durante el proceso revolucionario, donde el proyecto político acaba por establecer la victoria sobre las ofensivas militares. A la vez, el desarrollo de distintos combates y el papel de las múltiples unidades y sus comandantes, hacen difícil definir el comienzo claro de una Guerra Civil.

Por último, cabe destacar que la obra de Veiga, Martín y Monroe ponen en relieve la necesidad de entender la Revolución rusa en su contexto histórico, un proceso que no empieza en 1917, sino que se remonta a 1905 como punto de partida y se alarga hasta 1953 con el fin del estalinismo. Un estado arcaico como el zarista con una estructura condenada a la fractura de manera insalvable, deriva a un proceso revolucionario, cuya radicalización acelerada por la guerra, el estancamiento, la crisis del sistema de propiedad rural y las diversas respuestas “contrarrevolucionarias” indican un periodo de cambio social y político que no encontraría su organización estable hasta después de la II Guerra Mundial; desde políticas económicas y colectivizaciones rurales hasta la consolidación de un aparato de partido y una burocracia, la nueva élite del sistema soviético; junto con la evolución de la estrategia revolucionaria internacionalista hacia el nacionalismo soviético, mientras se apoyan los movimientos anticoloniales.

Sin duda, esta es una obra interesante, en el sentido que parte desde un punto de vista de la historia actual y que intenta enlazar el papel de la Revolución y el uso de su tradición histórica por el nacionalismo ruso y la ultra derecha dentro de la Rusia postsoviética de la era de Putin.

De nuevo, Eurasia surge como el protagonista del mundo, el vínculo ideológico entre la tradición populista eslavófila, el imperialismo mesiánico de la tradición política rusa, la consolidada ultra derecha y el reciente pasado comunista. Los autores nos señalan así cual es la herencia actual que la revolución ha dejado en la política de Rusia, donde la tradición del sueño imperial euroasiático cercana a la ultraderecha y el nacionalismo, acaba convergiendo con la

etapa soviética, dejando de lado la herida abierta por la guerra y la contrarrevolución para crear un revisionismo, donde la contradicción se resuelve siguiendo el ideal de eurasianismo. Ya fuera bajo monarquía, república, régimen soviético o neoliberalismo, bajo imperio o internacionalismo anticolonial, las argumentaciones eurasianistas de Vladímir Putin sitúan en un nuevo contexto el pasado revolucionario de la historia de Rusia.